

Francisco FERNÁNDEZ BUEY y Jorge RIECHMANN: *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*. Madrid. Siglo XXI, 1996.

La obra *Ni Tribunos* es el resultado de una nueva colaboración entre Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann. En esta ocasión, los autores, a quienes más que separar parecen unir casi veinte años de distancia, se han reunido para ofrecer bajo el significativo título de *Ni tribunos* -y tal y como informa el subtítulo de la obra- diversas ideas y materiales para un programa ecosocialista. La primera parte del libro, a cargo de Fernández Buey, se encuadra en el necesario y actual ajuste de cuentas al siglo desde la izquierda. A la idea y la práctica del comunismo en el este, a la práctica de los partidos socialdemócratas en el oeste, a las democracias realmente existentes y, en general, a la propia noción de la política dada toda la anterior historia. La segunda parte, a cargo de Riechmann, aborda la siempre complicada tarea de trazar los rasgos esenciales de una sociedad alternativa, ecosocialista, atendiendo sobre todo a su base material. Y es que, como reiteradamente se afirma en la obra, si algo ha añadido el ecologismo al marxismo es la idea de escasez. En consecuencia, el fin de una política ecosocialista no puede ser ya únicamente una sociedad emancipada -por ejemplo gracias al continuo desarrollo tecnológico como pensara el Marcuse de *El final de la utopía*- sino sustentable: “si la sociedad socialista es aquella libre de explotación y opresión, en la que los seres humanos dominan sus condiciones de existencia y mediante una praxis colectiva orientan el curso de la historia, la perspectiva ecologista añade la condición adicional de sustentabilidad (o sea compatibilidad, tanto a corto como a largo plazo, con una biosfera sana” (p. 302).

Ahora bien, mover y agrupar voluntades en torno al proyecto de una sociedad ecosocialista no parece una tarea fácil en el momento actual. De ahí que, en buena medida, el nervio de esta obra, especialmente en su primera parte, radique en la defensa de la política y, en consecuencia, de las alternativas a la gestión actual del mundo.

El malestar y la desconfianza que genera hoy la política no es, ni mucho menos, una novedad. Fernández Buey, que reclama mayor formación histórica para politólogos y sociólogos, nos recuerda que la política se ha constituido ya desde la Grecia clásica como una actividad internamente contradictoria, en la que compiten “virtud, desinterés, socialidad y razón de un lado, y egoísmo, corrupción, perversión y odio de otro”. Sin embargo, esta contradicción, y debido a las experiencias del siglo, parece finalmente haberse incli-

nado hacia uno sólo de los polos: el desencanto y la frustración con las formas habituales de hacer política. Defender la posibilidad de que la política sea una actividad “sana y seria” se presiente pues, a lo largo de las páginas del libro, una tarea larga y costosa. La recuperación de la política desde la izquierda pasa necesariamente por la autocrítica del pasado y el presente y una propuesta de modestia metodológica para el futuro. Y es que, aunque no ha habido ningún *fin de la historia*, sí hemos asistido, en expresión de Buey, al *fin de una historia*, aquélla que termina con la caída del muro de Berlín. Modestia metodológica y autocrítica que, obviamente, no sólo se pide a los socialistas sino también a los apologetas “del menos malo de los mundos posibles”.

La defensa de la implicación en la política enlaza con la argumentación clásica de las teorías de la democracia participativa. La participación política nos hace mejores y es una fuente de realización personal. Además, como nos ha enseñado el siglo, no hay refugio apolítico posible, la inocencia se resuelve en complicidad con el horroroso destino social de tantos seres humanos. La inocencia está, como señalara Hannah Arendt, en la base del holocausto.

Especialmente sugerentes resultan los análisis en que Buey, a partir de la tesis de la no contemporaneidad de los movimientos sociales de Etienne Balibar, profundiza en la relación tiempo-subjetividad para diagnosticar algunas de las razones del malestar y escepticismo que socavan el ánimo y la esperanza de muchos ciudadanos. En primer lugar, cuando señala que la esencia de la “democracia demediada” realmente existente es contar la verdad a destiempo. Llegar a conocer la verdad es, en principio, una de las virtudes propias de la vida democrática. Pero, ¿qué sucede cuando la verdad sólo llega a saberse diez, quince, cuarenta años después? Los hechos más repugnantes, los engaños más mezquinos no movilizan igual cuando los responsables de los mismos ya no están en el poder o los problemas son muy otros. Pero sí desencantan igual: nada es lo que parece, todo será siempre igual. Estas son las consecuencias desmoralizadoras del disloque temporal.

Si la filosofía ha podido interpretarse como la autoconciencia de la especie en un momento histórico determinado, otro problema certeramente señalado es el de “la no contemporaneidad de las vivencias de las seudoespecies excluyentes en que continúa dividida la humanidad”. Nunca ha habido mejores condiciones objetivas para el desarrollo planetario de esta conciencia. Entre otros factores por la acumulación y simultaneidad de conocimientos universalizados gracias a las tecnologías de la imagen (tele). Pero, una vez más, el acceso a la verdad, -matanzas, hambre, prostitución- genera sentimientos de impotencia ante lo que se comienza de nuevo a conceptualizar

como destino. Indudablemente esta globalización del conocimiento elimina toda inocencia -testigos directos de grandes injusticias sociales en el sofá de casa todos sabemos lo que sucede- pero genera otro tipo de desmoralización. A juicio de Buey la impotencia ante la interpelación del sufrimiento ajeno puede generar retorcidos discursos que justifiquen la inacción de los ciudadanos -racismo- o conducirles directamente a la depresión. Porque las nuevas tecnologías “resaltan hasta límites psicológicamente insoportables la no contemporaneidad de las situaciones...que, sin embargo, se dan simultáneamente en el mundo”. Si a estas situaciones de no contemporaneidad unimos el fenómeno de mercantilización y oligarquización de la democracia el panorama resulta bastante desolador.

Sin embargo, y a pesar de la dureza con que se analizan los desarrollos políticos del siglo, se encuentran motivos para la esperanza. Esta esperanza arraiga en el nivel prepolítico, aquél en que previamente se define qué es lo político, en que se generan y redefinen los valores, aquello por lo que merece la pena luchar y vivir. Los nuevos movimientos sociales, junto a otros agentes sociales, son además la prueba palpable de que muchos hombres y mujeres no han renunciado jamás a otras formas de hacer política.

La segunda parte del libro enlaza con el conocido planteamiento de Buey de que en la actualidad la razón moral no puede pronunciarse, en abstracto, a favor de ninguna de las tradiciones emancipadoras occidentales. Tanto el cristianismo como el liberalismo y el socialismo cuentan en su haber con ideales impecables, prácticas contrapuestas -de izquierdas y de derechas- y crímenes horribles. Hoy el centro de la discusión tiene que desplazarse a la argumentación racional comparativa de sus propuestas en torno a problemas muy concretos. Esta es la tarea -modesta y ambiciosa- del fin de siglo: contrastar propuestas concretas para solucionar la injusticia y la miseria en la sociedad global. Y es la que se aborda en la segunda parte del libro.

Riechmann parte de la idea de que el desafío real de nuestros tiempos es entender y dar respuesta a la crisis ecológica global. Cualquier juicio sobre la viabilidad, sustentabilidad ecológica de un sistema económico ha de referirse, en última instancia, a los intercambios de materia y energía de ese sistema con su entorno biofísico. Para fundamentar esta vital tesis emplea Riechmann sus probadas cualidades de conjugar especialización y pedagogía. Así comienza, paso a paso, por desgranar las leyes de la termodinámica para llegar a explicar por qué el valor de uso de los bienes -y su valor económico- está vinculado con el bajo contenido de entropía.

La postura de Riechmann se encuadra entre los nuevos economistas ecológicos. La economía ecológica, que parte del esfuerzo por integrar termodi-

námica y economía, del economista rumano exiliado Nicholas Gergescu-Roegen, cuenta ya como una prestigiosa, aunque no hegemónica, tradición teórica. En esta nueva concepción económica la noción de sustentabilidad es básica. De hecho Riechmann, que sostiene una interesante polémica sobre los intentos de apropiación del concepto por parte de los defensores del productivismo y crecimiento “sostenible”, apunta la posibilidad de que sea la contribución más importante para la reconstrucción del pensamiento crítico y de una teoría económica a la altura de los problemas de nuestro tiempo. La sustentabilidad no es sólo un principio técnico sino un principio ético-normativo -una política económica libre de valores es un disparate- que enfatiza el hecho de que nuestro modelo de desarrollo económico es insostenible: no es perdurable en el tiempo ni generalizable al conjunto de los habitantes del planeta.

No es posible comentar ahora algunas de las detalladas propuestas prácticas que realiza Riechmann, pero sí hay que señalar que aquí no se postula la vuelta a ninguna idílica y añorada sociedad preindustrial. Se postula, eso sí, una sociedad alternativa en que hay que aprender a hacer más con menos. En primer lugar una revolución de la eficiencia que está ya casi al alcance de nuestra mano, en segundo lugar, y esto ya está más lejano, se hace necesaria una revolución de las mentalidades: desengancharnos de la adicción al “cuanto más mejor” y aprender a decir es suficiente.

En esta sociedad ecosocialista habrá, como resulta lógico, lugar para la planificación. En la defensa de la planificación, los argumentos se cargan de razón citando fuentes, como algunos elaboradores de los Informes del club de Roma, que “de ninguna forma” pueden calificarse de exaltados radicales o criptocomunistas. Efectivamente, como se apunta en el libro, es casi “un lugar común señalar que no puede identificarse mercado con capitalismo y plan con socialismo sin deshonestidad intelectual”. Entonces, argumenta Riechmann, si hay elementos más que importantes de planificación en el capitalismo contemporáneo por qué no habría de planificarse democráticamente la conservación de la biosfera y la reducción de las desigualdades. Además la planificación democrática no implica la renuncia a otros mecanismos organizativos, tal y como lo han articulado los diferentes modelos de socialismo de mercado. Una posible alternativa estriba en respetar el mercado y dar libertad a los distintos agentes económicos en los métodos microeconómicos pero controlando siempre los efectos macroeconómicos. De hecho, tal y como informa el autor algunas de sus propuestas ya han formado parte de diferentes programas electorales. Así la Ley para una economía ecológica y social de los verdes alemanes proponía en 1986 una planificación

democrática de la economía y renunciaba explícitamente a eliminar mecanismos de mercado.

Respecto al conjunto de las propuestas realizadas cabe señalar una continua apelación al realismo, frente al “idealismo” de los economistas convencionales que puede condensarse en la célebre cita de Kenneth Boulding según la cual “quien crea que el crecimiento exponencial puede durar eternamente en un mundo finito, o es un loco o es un economista”. Es decir, o es un loco o es un economista convencional. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, el mensaje que subyace a los prolijos y rigurosos análisis del libro insiste demasiado en el carácter necesario y realista de la economía ecológica socialista. Por ejemplo cuando se llega a afirmar que esta sería la postura egoísta racional. Este afán por mostrar que una sociedad alternativa no sólo es justa sino necesaria puede liar las cosas. Porque ésta es la única solución económica realista si asumimos un principio igualitario y un deber para con las generaciones futuras, para no restringir drásticamente sus opciones vitales. Es decir, será necesaria según el concepto previo de lo justo que adoptemos.

Por último cabe valorar positivamente el hecho de que el libro no ignore el trabajo tradicionalmente invisible que realizan las mujeres y de que entre en diálogo con el movimiento feminista. En concreto Fernández Buey realiza un excursu metodológico sobre el feminismo actual en que se hace cargo de la polémica entre el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia para apoyar claramente al segundo. Desde nuestro punto de vista, y entrando de lleno en dicha polémica, no deja de sorprender que autores como Buey, que tanto estiman el concepto de igualdad en otros contextos, lo encuentren tan equívoco, sospechoso e incluso perjudicial cuando son las mujeres quienes lo utilizan para especificar su sobria demanda de justicia. Respecto al debate igualdad-diferencia nos gustaría señalar que una de las aportaciones más reveladoras de la teoría feminista ha consistido en constatar que la opresión de las mujeres ha sido y es posible, entre otras razones, gracias a la aceptación más o menos acrítica, más o menos interesada, de un discurso teórico legitimador de tal situación. Éste ha sido -y continúa siendo- un discurso que enfatiza la diferencia sexual. Los discursos de los máximos líderes religiosos del planeta así lo atestiguan: “reconozcamos la aportación de la mujer en su diferencia”. También el discurso de derechas ha incluido cierto feminismo en su agenda, pero, eso sí, siempre que las mujeres -“síntesis de virtudes”- no renieguen de su diferencia: su vital aportación a la sociedad a través de la familia. En este mismo sentido también nos parece confusa y mistificadora la asunción teórica de “virtudes femeninas” y “virtudes masculinas”. A este respecto cabe recordar que al hilo de la Revolución Francesa,

cuando Kant, el ilustrado, sentenciaba que “una mujer letrada ... tendría además que tener barba” y los jacobinos prohibían los clubs de mujeres para que éstas desarrollasen sus virtudes femeninas en casa, Mary Wollstonecraft desafió tales virtudes y decidió leer y escribir “Vindicación de los derechos de la mujer”. En esta obra leemos: “pues aquí tiro el guante y niego la existencia de virtudes propias de un sexo, incluida la modestia. La verdad, si comprendo bien el sentido de esta palabra, creo que necesariamente tendrá que ser la misma para el hombre que para la mujer.”

Ana de Miguel Álvarez

Salvador GINER y Riccardo SCARTEZZINI (eds.): *Universalidad y diferencia*. Madrid. Alianza, 1995.

El universalismo y la diferencia representan dos lógicas teóricas y políticas dispares entre sí, cuando no incompatibles, que han marcado profundamente el último tercio del siglo XX. La universalidad es la noción central de la modernidad. Se fundamenta en la idea de que todos los individuos poseemos una razón que nos empuja irremisiblemente a la libertad, que nos libera de la pesada tarea de aceptar pasivamente un destino no elegido y nos conduce por los sinuosos caminos de la emancipación individual y colectiva. La universalidad abre el camino a la igualdad al señalar que de una razón común a todos los individuos se derivan los mismos derechos para todos los sujetos. El universalismo moderno se fundamenta en una ideología individualista que defiende la autonomía y la libertad del individuo, emancipado de las creencias religiosas y de las dependencias colectivas. En los dos últimos siglos, las democracias formales han tendido a articularse ética y políticamente con los valores -concretados en los derechos humanos- suministrados por la modernidad. El imperativo ético ha sido extender la libertad y la igualdad a todos los individuos, independientemente de la clase social, el género, la étnia o la cultura a la que pertenezcan.

Por el contrario, el pensamiento de la diferencia brota y se despliega en abierta oposición a la modernidad. Impugna sus esquemas teóricos y cuestiona sus valores éticos y políticos. Así como el racionalismo proporciona el esqueleto teórico a las posiciones universalistas, serán el pensamiento post-moderno de origen europeo, el nuevo comunitarismo y los pensamientos derivados de las prácticas políticas de grupos oprimidos (mujeres, gays, mino-